



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

LAS BASES SOCIOCULTURALES EN LA FORMACIÓN DEL PSICÓLOGO

Víctor Ignacio Ortega Restrepo

PRIMERA REFLEXIÓN.

Sobre el afán instrumental de la racionalidad moderna

Quiero aprovechar este escenario que hoy nos convoca, para presentar a consideración de ustedes una serie de reflexiones en torno a las bases de formación social y cultural del psicólogo de nuestros días. Para ello me valdré del esfuerzo de construcción de una propuesta formativa que hace ya 7 años venimos realizando en la Institución Universitaria de Envigado, en donde, junto a los saberes psicológicos y neurocientíficos propios de las exigencias legales para formación específica en Psicología, coexisten si se quiere, de manera ecléctica y crítica una variedad de saberes de las llamadas ciencias sociales y humanas, imprescindibles para dar sentido a lo que reza nuestra misión programática *“Formar profesionales en psicología capaces de intervenir con calidad y sentido crítico en la transformación de las complejas realidades sociales e individuales, a partir del trabajo interdisciplinario, y del dominio de los enfoques, técnicas e instrumentos propios de esta disciplina, desde una perspectiva que integre las dimensiones ética, estética y epistemológica”*.

Nuestra propuesta formativa se caracteriza porque si bien cumple con los requisitos de control y estándares mínimos de calidad dispuestos a nivel nacional e internacional por la políticas educativas propias a los afanes

globalizantes de una economía de mercado en expansión, lo hace sin embargo consciente de los riesgos que conlleva una formación tal, sin un espíritu reflexivo y crítico que la acompañe. La formación acrítica termina favoreciendo una reproducción ingenua de modelos “de saber y de hacer” fundamentados casi siempre en afanes tecnocráticos e instrumentales, que bajo el aura de apelarse científicos, propenden hacia la homogeneización y normalización de los deseos humanos, sustrayéndose a todo fin que no sea el de la eficacia, la rentabilidad y la competitividad en la esfera de intereses productivos, consumistas e individualistas.

Intereses consumistas, porque bien sabemos que existe un empuje desaforado al consumo en la sociedad actual que no solo induce a la envidia intersubjetiva, sino que impele a una compulsión ciega por la tenencia de esos “objetos útiles que no sirven para nada”, desencadenando con ello cierta violencia globalizada propia del capitalismo salvaje, mostrando en el exceso de productos lanzados al mercado no solo un rasgo determinante de la condición humana en carencia, sino un rasgo diferencial del mercadeo que nos induce a la posesión compulsiva de bienes que generalmente no tienen ningún valor de uso, trastocando toda posibilidad de una elección ética por parte del sujeto, quien así enajenado, obra no conforme al deseo sino que desea conforme a los objetos. Bien sabemos que desde lo social se estimula la desmesura en el consumo en tanto ello no solo incrementa las ganancias de los emporios del mercado, sino que también ordena los deseos convirtiéndose en alternativa de dominación política. Se moralizan algunas prácticas adictivas según intereses y prejuicios del modelo social dominante, pero se estimula el uso francamente adictivo y masivo de aparatos televisivos, de celulares, computadores y tecnologías de punta, sin que a ningún sujeto se condene por ello; es como si para poder estar dentro del modelo social contemporáneo, el orden social se comportara con recursos parecidos a los que impone el uso de las drogas: lo social cada vez mas se parece a una droga, una droga que imperativamente se debe consumir, sin poder escapar a este dominio del amo. Lo social entonces es complejo y está mas allá de la simplificación psicológica con que se pretende abordarlo en muchos programas de Psicología, razón suficiente para la presencia necesaria de otros saberes socioculturales en un abordaje transdisciplinar del asunto.

También hablamos de la promoción de intereses individualistas en una formación acrítica, Ello se puede leer en algunos enfoques de la psicología actual que se retrotraen a perspectivas propias de la psicología tradicional, acentuando y privilegiando al individuo como polo a partir del cual se explica el lazo social y la sociedad misma, desconociendo lo que de interacción simbólica comporta dicha diada. Así postulado el individualismo como fundamento de lo social, se ha sostenido entonces la creencia en un control disciplinar de los individuos a través de los dispositivos culturales que la modernidad creó para ello (familia, escuela, estado, ciencia) y en caso de que este control no opere o decaiga como pareciera suceder en nuestros días, un sucedáneo adecuado resulta ser promover en medios y mercados, la ilusión de una autonomía o autodeterminación del individuo, mediante una literatura de consumo masivo, que promete el autocontrol, la mejora de la autoestima y el éxito amoroso y laboral, con los consecuentes beneficios económicos para autores y editores, y la inevitable desilusión del consumidor enfrentado a una rectificación subjetiva que la lectura de dichas consejas dulzonas no alcanza a promover. Por lo demás, la popularización de la psicología en todos los ámbitos de la vida social, la promoción mediática de una psicología light, de una psicología para dummies, la proliferación de textos de autoayuda y superación personal, la difusión televisiva de recetarios psicológicos y existenciales para todos los malestares subjetivos y de la relación, los visos esotéricos de algunas prácticas llamadas psicológicas, sin un rigor conceptual y epistemológico que fundamente tales formulaciones sanadoras, termina por difundir y reafirmar prejuicios epocales o sociales, enmascarados con conceptos banalizados pero presentados como científicos.

No es de extrañar entonces, que ante la caída de la razón moderna, los afanes pragmáticos parecieran ser el refugio de convalidación de algunas disciplinas psicológicas, o sea que en los tiempos actuales la validez de una presunta ciencia se define no tanto por su consistencia epistemológica, sino en tanto que sirve a un fin, es útil, es eficaz; medida de cientificidad que resulta no solo ajena a todo ideal de justicia, sino que además es excluyente, porque lo eficaz deja de lado como "no humano" lo ineficaz, lo inútil, lo improductivo (de acá la poca valoración de actividades como el juego, el arte y la fiesta, y en general todo lo que implique una sensibilidad estética, para la psicología de nuestros días). No es de extrañar entonces, que en una época caracterizada por

este creciente afán pragmático, la psicología misma se doblegue ante las presiones del mercado y las demandas de paliativos anímicos que permitan la adaptación a un mundo enfermizo, caracterizado por un despliegue masivo del hedonismo y un empobrecimiento cada vez mayor del sentido de la experiencia y del significado del mundo de la vida. De allí la importancia suma de la formación socio-cultural del psicólogo, el énfasis en un pensar reflexivo y crítico fundamentado en los aportes de aquellas disciplinas que componen el campo de las llamadas ciencias del espíritu. Hoy, el pensar meditativo y crítico, reflexivo y grave, ha cedido espacio a un pensar inmediatista y calculador, superficial y liviano; o cuando más, a un pensar mecánico preocupado por la asimilación y manejo de una información académica que poco dice respecto del cuestionamiento de sí, del otro y del mundo; un pensar tarea escolar y no un pensar acontecimiento vital, un pensar adaptador y no un pensar transformador. Disciplinas como la filosofía, la antropología, la lingüística, la sociología, el psicoanálisis mismo, la ética, la estética, y aún las incidencias de las teorías de la física contemporánea, aportan de una manera decisiva para la comprensión de los procesos de subjetivación y de las formas que configuran el lazo social en nuestros días.

No olvidemos que los acá presentes venimos discurriendo en una institución educativa, así sea de educación superior, que como tal, ella se constituye en uno de los dispositivos modernos de moldeamiento y control de las subjetividades, y que nosotros como docentes y estudiantes perpetuamos y reproducimos -a veces sin quererlo o sin saberlo- formas de dominación que nos enajenan individual y colectivamente. Conscientes de ello, hemos defendido que nuestro proyecto de formación de psicólogos, debe contemplar la presencia generosa de saberes socioculturales, que sin pretender opacar la presencia de los saberes y haceres psicológicos y neuropsicológicos nombrados como científicos, busquen enriquecer de manera crítica la comprensión, interpretación e intervención de la subjetividad y de los procesos de subjetivación contemporáneos. Nuestra utopía, apunta a crear un espacio de formación académica que sin desconocer las demandas instrumentales del mercado y de la época, propenda por la formación de un profesional pensante, que se cuestione y se pregunte por su oficio, que dude de la aparente solidez de lo establecido, que sin desconocer el carácter pragmático de su disciplina sepa cuestionarla en sus fines y aceptar sin temor lo que de complejo, incierto

e inacabado conlleva la comprensión de la vida y de lo humano; de un profesional en formación no tan afanado por la presunta eficacia de su hacer y por la objetividad y certeza de su saber, sino de un pensador abierto a la interpretación, dispuesto a la incertidumbre, valiente en afrontar la vocación nihilista de nuestra época, temerario incluso para cruzarla, y consecuente en aceptar la disolución de toda pretensión de objetividad y de verdad absoluta: *“No existen hechos sino interpretaciones”*, decía el filósofo alemán. Por ello, no es ético oficiar una profesión como la psicología, si no se ha logrado reconocer en el horizonte de formación personal la subjetividad de la época. Tampoco hay que paralizarse aterrado ante esta imagen incierta y difusa que nos devuelve la psicología; la complejidad de lo humano, del mundo de la vida y de la vida misma, ello comporta. No hay que temer el paso de lo simplificado a lo complejo, *“de la esterilidad de la certeza a la fecundidad de la incertidumbre”* como lo dijera el economista latino; insistimos en la necesidad de un plan de estudios variado, complejo y con una vocación trasdisciplinar creciente. Por esto hemos dicho en diferentes espacios, que en el programa de psicología de la IUE, los saberes bio-psico-socio-culturales no tienen el peso de las certezas científicas, sino la fragilidad de lo provisional e incierto; dichos saberes *“son islotes provisionales de seguridad en un mar de incertidumbres”* decimos nosotros.

Sabemos, sin embargo, que esta promoción de los saberes del espíritu, no es tarea fácil ya que en nuestros días el deseo de pensar y de saber no son objetos propiamente apetecidos: *“la pasión por la ignorancia pareciera mayor al deseo de saber”*, decía algún psicoanalista francés. Recordemos por lo demás cuando de pasión por la ignorancia se trata, que la confesión de ignorancia de filósofo griego de la plaza pública no puede servir de coartada para justificar la apatía hacia el pensar del neófito académico de nuestros días; *“el solo sé que nada sé”* de Sócrates fue proferido al final de su recorrido filosófico, pues sería un desatino aparejar la ignorancia atrevida del principiante del camino con la docta ignorancia del ducho caminante del mismo; el reconocimiento socrático de la ignorancia es producto final de un trabajo, y no actitud inicial de un confort. Puede ser también que las tres figuras nietzscheanas del *camello*, *el león* y *el niño* sean acá aplicables: rumiar hasta la indigestión los grandes pensadores, *“camellar”* con ellos hasta adquirir joroba, luego, tomar distancia crítica de los mismos, tener garras de león para desentrañar sus

inconsistencias y rugir los desacuerdos; finalmente acallar el pensamiento y retornar al juego creativo, ingenuo y vivaz del infante.

Aś pues, los reclamos continuos de los estudiantes por asignaturas instrumentales y de corte pragmático, las demandas reiteradas por una psicología científica, nosográfica y de corte cĺnico, el afán de tener un laboratorio experimental para probar la objetividad y empiria de un pensar explicativo vaciado de todo sentido y significación, hacen eco de una demanda social y acad́mica creciente, donde el afán instrumental termina asfixiando o menospreciando todo espacio posible para el pensamiento sereno, meditativo y reflexivo. Sobra recordar que la psicología no es una ciencia natural ni su cientificidad la asegura el laboratorio, la experimentación, la medida, la psicotecnia, la clasificaci3n nosográfica, los manuales diagn3sticos y estadísticos de los trastornos mentales, etc. Tratar al otro como mero cuadro nosol3gico, como ejemplo viviente y confirmatorio de un vademécum sintomatol3gico, como perfil medido y definido por una prueba psicotécnica, es excluir al sujeto mismo del proceso de subjetivaci3n, actitud que el ánimo cientifista de muchas corrientes psicol3gicas, asume. Muchas veces creemos haber atrapado en ese tamiz reticulado del instrumental psicol3gico al sntoma, pero se nos escapa el sujeto, raz3n de ser de la intervenci3n. Vale hacernos la pregunta, máxime cuando las expectativas por la labor cĺnica parecieran tener una demanda que no decae en nuestras instituciones formadoras de psic3logos: ¿Qué es lo que en la cĺnica queremos curar: el trastorno, o lo que trastorna al sujeto? Por lo que escuchamos a diario, por la proliferaci3n de t́cnicas terapéuticas en nuestra época, la respuesta pareciera ser clara: existen cientos de terapias que prometen curar el sntoma pero muy pocas de ellas asumen la responsabilidad ética de vérselas con el sujeto. Acá poco importa lo qué le sucede a éste, o si su sntoma tiene algo que ver con una verdad de su deseo, de su ser, eso poco importa, importa sí la descripci3n del sntoma, la clasificaci3n del sujeto, la dosis terapéutica y basta.

Por tanto, este afán por el pensar productivo y útil, si no se contiene en su justa medida, atenta contra una formaci3n *epistemol3gica* rigurosa y crítica, afectando por supuesto la *ética* del ejercicio profesional, pues quiérase o no, si no se toma distancia, se termina oficiando una *téchne* al servicio de los intereses del poder dominante y disponiendo los escasos logros *te3ricos* de los

saberes psicológicos a la explotación que de ellos puedan hacer, la economía, la pedagogía y la política misma, verdadera resbalada de tobogán desde el panteón a la inspección de policía. Por ello no es raro que el psicólogo termine asumiendo roles propios del sacerdote, del educador o del policía, asumiendo el papel de guía espiritual o sacerdote formador de almas, de pedagogo y pastor de ovejas descarriadas, de censor o vigía correccional, o cuando mas, de recreacionista y animador sociocultural readaptando personas a una sociedad ella misma enferma. O bien, termina reduciendo su formación a la aplicación mecánica de una tecnología al servicio de una corporación, reclutando personal mediante el uso de los test, el peritaje y los procedimientos de orientación y selección, en una aberrante *instrumentalización del hombre por el hombre*. Quizá esto permita entender el desprecio de lo que podría ser una posibilidad subversora y creativa del psicólogo, anclada ya no sobre la pretendida racionalidad universalizante de lo científico y pragmático, sino sobre el rescate de la singularidad y la sensibilidad *estética* como apuesta diferente, dimensión estética no siempre bien ponderada por algunos docentes y estudiantes, y que así devaluada, se desprecia como dimensión superflua, inútil y ajena a toda formación posible del psicólogo.

Así pues, el énfasis pragmático con todo su instrumental, si no se asume críticamente, puede convertirse en talanquera tanto para el pensar meditativo y crítico como para el hacer creativo, obstáculo para toda posible transformación subjetiva e intersubjetiva. Y en la formación propiamente dicha como nosotros la entendemos, no se trata por supuesto de esto; hemos tratado de construir un plan de estudios complejo y rico en matices, de propiciar espacios para la formación de profesionales pensantes, sensibles e investigadores y no de reproducir técnicos del comportamiento. Una educación que solo se preocupa por producir profesionales en serie aptos para el mercado, es una educación rígida, acrítica y poco creativa, que de entrada formatea y que obtura espacios para la singularidad, la diferencia y la recreación subjetiva.

SEGUNDA REFLEXIÓN:

Sobre el corporeismo de nuestros días.

En la modernidad, con el surgimiento de la raz3n instrumental y el desarrollo de la t3cnica, el sujeto occidental se ubica en una posici3n hegem3nica frente a al mundo, frente a la naturaleza, la cual es vista ahora como materia prima al servicio de su voluntad de dominio. El mundo natural, las cosas del mundo, los sujetos mismos, son material de uso, cosas todas objeto de manipulaci3n y de servicio. Por ello, el sujeto que se impone a un mundo mirado como objeto, pasa a ser en adelante "sujeto de la t3cnica" como lo llamara el fil3sofo alemán de la Selva Negra. Nuestra 3poca es la 3poca de la t3cnica, 3poca de la desacralizaci3n del mundo, del olvido ritual y simb3lico que antaño comportaba su manipulaci3n y de la apropiaci3n del mismo degradándolo a cosa 3til y rentable, 3poca del olvido del ser y de la proliferaci3n de los entes, eclipsamiento de lo ontol3gico en favor de lo 3ntico. De igual manera el cuerpo, antes mirado como templo y adytum de lo sagrado, que implicaba el cuidado respetuoso de si, pasa ahora a ser ahora mirado y promovido como objeto de intervenci3n manipulativa operada por el desarrollo de las tecnociencias, la industria qu3mica, la gen3tica y la fisiolog3a neuronal como nuevas y parad3jicas formas del cuidado de s3. La b3squeda de las ra3ces gen3ticas y neurofisiol3gicas del comportamiento, con sus esperanzas cifradas en el descubrimiento cient3fico que pueda explicar el misterio de la humanidad, no podemos reducirlas a meras investigaciones de la ciencia actual sino que habr3a que mirarlas tambi3n como pr3cticas sociales de subjetivaci3n, dispositivos de control que reducen al ser humano a un simple ente autorregulado por la gen3tica y la fisiolog3a. Todo sufrimiento entonces, toda angustia, todo malestar y en general toda posici3n existencial del sujeto (la esquizofrenia, las psicosis, las psicopat3as, las depresiones, las perversiones, la homosexualidad, etc.) es inscrita cient3ficamente como expresi3n desviada del comportamiento y reducida entonces a un cuadro nosogr3fico en el que se despliega el azar gen3tico mas all3 de las singularidades subjetivas, de los procesos hist3ricos y culturales de subjetivaci3n, de las elecciones mismas del sujeto, en una suerte de exterioridad con respecto a lo simb3lico, donde no cabe pensar ni la responsabilidad subjetiva ni la relaci3n del sujeto con la verdad de su deseo.

¿Cu3l es entonces el lugar del cuerpo en la contemporaneidad? Por supuesto que no es el lugar testimonial de los cambios de la historia, de la subjetividad y de lo social en general. La universalizaci3n del mercado

capitalista, la instrumentación del hombre por el hombre, transforma en una mercancía universal más al cuerpo: dietas light, gimnasios, cirugías plásticas, tatuajes, piercing, cambios extremos, clonación, siliconas, prótesis inteligentes, anorexia y bulimia, no solo son manifestaciones sino síntomas del cuerpo en nuestra época, que para entenderlas se queda corta toda nosografía y clasificación psiquiátrica, toda simplificación psicológica. Por ello insistimos en que si de proponer espacios para formar psicólogos se trata, es necesario un plan de estudios variado, complejo, y con una vocación trasdisciplinar creciente, donde los saberes bio-psico-socio-culturales que conforman las mallas curriculares eviten la promoción y proliferación acrítica de ese nuevo cientificismo psicológico de nuestros días que aliando la ciencia de la mente (cognitivism) con la tecnología y con un organicismo biológico y genético vuelve a reavivar una vieja ilusión: el anhelo de la inmortalidad y la cura milagrosa de la frágil condición humana.

TERCERA REFLEXIÓN

De la propuesta de una formación integral

Igualmente, la lectura de pensadores provenientes de otras áreas del saber inicialmente afines a la psicología o incluso distantes en apariencia como los teóricos de la física contemporánea, apunta de manera directa a la perspectiva de formación integral en tanto las dimensiones *epistemológicas*, *éticas* y *estéticas* expresadas en la misión de nuestro programa, son principios articuladores del mismo y a decir verdad, son los tres campos de racionalidad sobre los que se levanta el pensamiento occidental. La convergencia de religión, ciencia y arte como ideal moderno para obtener el progreso individual y social; la armonía de lo verdadero, lo bueno y lo bello como meta de la racionalidad moderna, aparecen ahora cuestionadas como ideales que en su propia luminosidad desconocen de oscuro una lúgubre mitad, cuestión ésta señalada por Nietzsche, retomada por Foucault y denunciada por el pensamiento posmoderno como una ilusión propia del siglo de las luces. De allí entonces, la pertinencia que la lectura de pensadores como éstos - o de esa pléyade de deconstructores de la razón universalizante- comporta para la formación de un psicólogo en nuestros días. Con Nietzsche y Foucault por ejemplo, se busca visibilizar algunas aristas de sus afilados pensamientos que mucho tienen que ver con los procesos históricos de subjetivación y que

justifican la raz3n de su presencia en un plan de estudios psicol3gicos que se diga cr3tico como reza la misi3n del programa de Psicolog3a de la IUE. Es por ello que con el concurso de estudiantes y docentes de los semestres tercero y cuarto venimos trabajando en la lectura de dichos autores, pues ellos conjuntamente con otros pensadores ac3 no nombrados, son referentes necesarios cuando de formar profesionales reflexivos se trata.

En este sentido, vamos a ocuparnos ahora, de manera sucinta y general, de la obra del pensador y psic3logo franc3s Michel Foucault, quien siguiendo los derroteros cr3ticos trazados por Nietzsche, pareciera abordar tres preguntas sustantivas en el pensamiento de Occidente, que tienen que ver con esas dimensiones sobre las cuales se articula nuestra propuesta formativa: epistemol3gica, 3tica y est3tica.

A. La pregunta kantiana de ¿c3mo nos constituimos en sujetos del conocimiento? ubic3ndose en la dimensi3n **epistemol3gica** obtiene desde Foucault una respuesta cr3tica frente al planteamiento del fil3sofo moderno: las categor3as trascendentales y a priori del sujeto del conocimiento postuladas por Kant, se vuelven, en una especie de giro en contrario, en un “a priori hist3rico y concreto” del sujeto del conocimiento: los llamados discursos verdaderos y objetivos no encuentran su fundamento en categor3as trascendentes del entendimiento sino en los valores inmanentes y en los entramados axiol3gicos de una 3poca hist3rica y una moral cultural correspondiente, es decir el problema de la verdad es un asunto de bases morales e hist3ricas y no tanto de principios epistemol3gicos trascendentales y objetivos. El conocimiento no es neutral ni la verdad es atemporal. Las proposiciones del saber cient3fico (claras y distintas) surgen de relaciones de poder oscuras, imprecisas e hist3ricamente determinadas. En buena medida, ya Nietzsche hab3a desbrozado el camino a Foucault: la raz3n y la verdad como presupuestos kantianos de la verdadera ciencia, fueron pulverizados por Nietzsche, quien critica de forma radical las pretensiones de una raz3n universalizante y necesaria: *“las verdades del hombre son los irrefutables errores del hombre (...) la vida nos es un argumento (...) no existen hechos sino interpretaciones”*, dec3a. Para Nietzsche, la locura del positivismo mecanicista consiste en reducir toda cualidad a lo cuantificable -es como querer disfrutar de una noche constelada mirando un mapa estelar- La pretendida objetividad y

universalidad de la ciencia es algo puramente pragmático cuando no moral, es un efecto del lenguaje como forma de enmascarar lo real bajo valores y costumbres sociales. De alguna manera Nietzsche anticipa filosóficamente lo que el desarrollo de las ciencias físicas del siglo veinte plantearon sobre el mundo físico; en efecto, la Física de inicios del siglo XX con sus principios de relatividad, de incertidumbre, de probabilidad, de caos, fue refutando uno a uno los cimientos en que se sustentaba la ciencia clásica, positiva, objetiva y empírica. Con la Teoría Cuántica por ejemplo, desaparece la uniformidad de la naturaleza, se hace imposible el conocimiento exacto del mundo exterior, no se pueden representar muchos fenómenos cósmicos dentro del marco del espacio-tiempo moderno, y epistemológicamente deja de ser posible una división clara entre sujeto y objeto, pues paradójicamente el observador es lo observado. Y si ello es así en las llamadas ciencias exactas y naturales, ¿cómo es posible que aún haya quienes persiguen un conocimiento exacto, universal y definitivo (verdades eternas) en las ciencias sociales y humanas y por tanto en la psicología misma? En este sentido hemos dicho refiriéndonos a los saberes bio-psico-socio-culturales que conforman el plan de estudios, que el programa no se casa con una corriente o escuela psicológica en particular, ni que tampoco los saberes neurocientíficos son definitivos e incontrovertibles, ni disciplina social o cultural alguna poseedora de la última respuesta; como dijimos anteriormente, los saberes disciplinares todos, son entendidos por nosotros como terruños provisionales de seguridad en una lontananza de incertidumbres; parados en ellos podemos otear mas nunca agotar el horizonte.

B. La segunda pregunta Foucaultiana tiene que ver directamente con Nietzsche y con la dimensión **ética** ¿Cómo nos constituimos en sujetos de poder? Respuestas generosas se halla en sus analíticas del poder, lo que lleva incluso a creer ver en la producción del psicólogo francés un análisis del poder mas que una historia de los procesos de subjetivación. El poder, según Foucault no está localizado en un aparato de estado central, o en grupos subversivos o emergentes, sino que las relaciones de poder se multiplican y dispersan en el mundo de la vida, en los espacios cotidianos de las relaciones intersubjetivas; cada uno de nosotros, somos portadores de relaciones de poder tanto en los espacios privados como públicos de nuestra vida cotidiana, advertencia que ha de ser tenida en cuenta, máxime si del ejercicio de la profesión de psicólogo se

trata. En esta dirección, Foucault proporciona un marco de referencia importante para evidenciar los sesgos ideológicos y morales y las relaciones de poder, que se esconden detrás de los discursos psicológicos; allí la psicología misma es cuestionada como un discurso sucedáneo de la religión, de la moral, y el psicólogo no pocas veces como un nuevo semblante del sacerdote. Foucault se convierte en una caja de herramientas muy potente para trabajar críticamente la psicología en general. Hablando de lo normal y lo patológico por ejemplo, es claro en demostrar que la categoría de lo anormal es ante todo una producción social y un discurso de poder, que luego los códigos morales retoman actuando como reguladores externos, y que posteriormente aparecen las disciplinas científicas (la medicina, la psiquiatría y la psicología) como cómplices para reafirmar desde otra postura la misma posición. Desde esta perspectiva crítica, la ciencia, es moralista y heredera de la religión; jalón de orejas para la psicología que en su pretensión de cientificidad, no quiere saber lo que de moralismo, adaptación y conducción de almas ella comporta; la psicología es hija de la modernidad, del espíritu científico que caracteriza la modernidad y sin embargo cómplice de muchos de los prejuicios morales que arrastró de la religión.

C. Por último, está la pregunta *estética* que toca la médula del pensamiento foucaultiano ¿Cómo nos constituimos en sujetos de libertad: como hacer de la propia vida una obra de arte? pregunta decisiva, que nos compromete creativamente con el cuidado de sí, mas allá de toda moral y toda ciencia, encontrando en la sensibilidad estética la posibilidad de una postura creativa, diferente e inédita en la forma de abordar las problemáticas de la racionalidad occidental. A decir verdad, por lo que se logra entrever en los planes de formación de psicólogos, son aún escasos los espacios para el desarrollo de una sensibilidad estética, pues de la sensación, la psicología moderna solo retuvo su aspecto sensorial y fisiológico, vaciando de todo contenido su representación simbólica. Ni lo estético cubre todo lo sensorial, ni lo sensorial es por si mismo estético. Lo estético es el mas allá de lo sensorial. Quizá en ese empobrecimiento aristotélico de la sensación que un tratado naturalista del alma sustrajo de lo estético, podamos hallar claves para entender nuestra insensibilidad y pasividad ante la ignominia del terror que a diario padecemos. En los antiguos griegos, la tragedia escenificada en la plaza pública, movía a la piedad, tenía efectos catártico colectivos en una feliz conjunción de clínica y

arte; pero el terror de lo trágico empezó a desmembrarse paulatinamente de toda piedad, vaciándose el efecto terapéutico de la escenificación estética, y terminando por incubarse el terrorismo como lo conocemos hoy, escenificación ajena a toda piedad, y que lejos de conmovernos nos deja indiferentes, insensibles, o cuando más, acobardados.

Es por ello que abogamos para que la formación del psicólogo amplíe sus perspectivas más allá de las competencias epistemológicas, rebase lo solo disciplinar o conceptual, y enriquezca su sensibilidad estética, no solo para que esta dimensión de lo sensible complemente su formación, sino incluso para que a través del cine arte por ejemplo, potencie sus habilidades de observación, lectura y comprensión del mundo de la vida, convirtiendo entonces la dimensión de las artes en un puntal de formación, tanto por lo que ellas aportan para la sensibilización subjetiva, como para una reflexión sobre lo singular e incluso para un abordaje clínico estético de lo social. Quizá las artes más que otras formas o expresiones humanas, son capaces de incluir en una misma captura lo singular y lo universal de modo simultáneo.

Para terminar, podríamos decir que pensadores como Nietzsche el filósofo y Foucault el psicólogo, son “dinamita”, verdaderos martillos demolidores de lo que aparenta ser sólido y estable, de lo seguro y pesado, de las certidumbres tranquilizadoras y por ello son difíciles de asimilar y aceptar; pensadores de esta talla son casi siempre repudiados en los procesos formativos de Psicólogos, como resultó ser el caso de este encuentro que hoy nos reúne, donde algunas ponencias estudiantiles de los simposios fueron inicialmente rechazadas, por no tratarse de psicología según los evaluadores, o por tratarse de autores ya caducos como lo expresara un miembro del comité organizador refiriéndose a Foucault. Si no fuera por nuestra insistencia y tozudez, el espacio mismo para la presencia de los saberes socioculturales en la formación del psicólogo, estaría brillando por su ausencia en este primer encuentro regional de Facultades de Psicología.